

esto todo lo que exigia : que hiciese lo necesario para ello y no mas. De allí á muy poco le llamó de nuevo para preguntarle si le habia comprendido bien, y recomendarle de no empeñar accion ninguna y de guardar sobre todo el campo de batalla. Una hora despues le hizo reiterar la orden de que no avanzase ni retrocediese en ningun evento.

CAPITULO XII.

Cuando estubo en su tienda , se agregó á su abatimiento físico una grande tristeza de espíritu. Acababa de ver el campo de batalla , y el sitio mas que los hombres le habia informado de que esta victoria tan perseguida y tan-caramente comprada era incompleta. ¿Era el mismo hombre que llevaba siempre los sucesos hasta el último resultado , que la fortuna habia llamado frio é inactivo cuando ella le habia ofrecido sus últimos favores?

En efecto las pérdidas eran inmensas y sin resultado proporcional; cada uno de los que le rodeaban , lloraba la muerte de un amigo, de un pariente, de un hermano, pues la suerte de los combates habia caido sobre los mas considerables. Cuarenta y

tres generales habian sido muertos ó heridos. ¡ Que de lutos en Paris ! Qué triunfo para los enemigos ! En su ejército y hasta en su tienda, la victoria era silenciosa, sombría, aislada y aun sin aduladores.

Las personas que ha hecho llamar, Dumas, Daru, le escuchan y se callan ; pero su actitud, sus ojos bajos, su silencio, no eran mudos.

Eran las diez, cuando Murat á quien doce horas de combate no habian fatigado, vino todavía á pedirle la caballería de su guardia. « El ejército enemigo, dijo, pasa el Moskwa apresurado y en desorden, y voy á sorprenderlo y á acabar. » El emperador desechó esta propuesta de un ardor inmoderado, y luego dictó el boletín de aquel día.

Tubo placer en anunciar á la Europa que ni él ni su guardia no se habia expuesto : algunos atribuyeron este cuidado á un efecto de amor propio ; los mejor informados juzgaron de otro modo : no habian visto en él ninguna pasión inútil

ó gratuita, y pensaban que á esta distancia, á la cabeza de un ejército de extranjeros que no tenia otro nudo que el de la victoria, le habia parecido indispensable el conservar un cuerpo de elección y de confianza.

En efecto, sus enemigos no tenían nada que esperar de los campos de batalla ; ni su muerte pues que no necesitaba exponerse para vencer ; ni una victoria pues que su genio bastaba de lejos sin que diese ni aun su reserva : en tanto pues que esta guardia estaba intacta, su poder real y el de opinión se mantenían enteros. Parecía que ella le respondiese tanto de sus aliados como de sus enemigos, por cuya razón ponía tanto cuidado en instruir á la Eusopa de esta formidable reserva, que sin embargo apenas constaba de veinte mil hombres de los cuales cerca de un tercio eran nuevos reclutas.

Estos motivos eran poderosos, pero no satisfacían á los que sabían que se encuentran siempre excelentes razones para

cometer las mayores faltas. Así todos decían : « que habian visto el combate ganado desde la mañana , detenerse en el momento que nos era favorable , para continuar de frente á fuerza de hombres como en la infancia del arte : que esta era una batalla sin convinacion , una victoria de soldados y no de general. ¿ Para que tanto afan en alcanzar al enemigo con un ejército aniquilado y consumido , si cuando al fin se le alcanza , se ha de descuidar la conclusion , por quedarse todo sangriento y mutilado en medio de un pueblo furioso , en los inmensos desiertos , y á ochocientas leguas de sus recursos? »

Oyóse decir á Murat : « que en aquel día tan grande , no habia reconocido el genio de Napoleon. » El virey confesó que no concebía la indecision que su padre adoptivo habia manifestado ; y Ney cuando fué llamado á su vez , puso una singular porfía en aconsejarle la retirada.

Solo los que no lo habian dejado supieron que este vencedor de tantas naciones

habia sido vencido por una fiebre abrasadora y sobre todo por un fatal rotorno de aquella dolorosa enfermedad que le renovaba cualquier emocion ó movimiento demasiado violento. Aquellos citaron entonces las palabras que él mismo habia escrito en Italia quinze años antes : « La salud es indispensable para la guerra , y nada la puede reemplazar. » Y la exclamacion profética por desgracia , de los campos de Austerlitz , donde el emperador dijo : « Ordener está usado : solo hay un tiempo para la guerra ; yo seré aun bueno cinco ó seis años , despues de los cuales deberé retirarme. »

Durante la noche los Rusos avisaron su presencia por algunos clamores importunos ; la mañana siguiente , hubo una alarma hasta en la tienda del emperador ; la guardia antigua corrió á las armas , lo cual despues de una victoria pareció una afrenta. El ejército se mantuvo inmobil hasta medio dia , ó mas bien se hubiese dicho que ya no habia ejército , sino una sola

avanzada : el resto estaba disperso por el campo recogiendo los heridos que llegaron á veinte mil : llevábarlos dos leguas mas atrás á la grande abadía de Kolotskoi.

El cirujano en gefe Larrey habia tomado ayudantes de todos los regimientos ; los hospitales ambulantes habian llegado , pero todo fué insuficiente : este se ha quejado despues en una relacion impresa , de que no se le dió ninguna tropa para requerir las cosas de primera necesidad en los pueblos vecinos.

El emperador recorria entonces el campo de batalla mas horrible que se haya visto jamas ; todo concurría en aquel dia : un cielo obscuro , una lluvia fria , un viento violento , las habitaciones abrasadas , la llanura destrozada cubierta de ruinas y de despojos ; en el horizonte el triste y sombrío verdor de los árboles del norte ; por todas partes los soldados errantes entre los cadáveres , buscando subsistencia hasta en las mochilas de sus compañeros muertos ; heridas horribles , por-

que las balas de los rusos son mas gruesas que las nuestras ; los acampamentos silenciosos no resonaban ya con tonadas ni relaciones ; solo reinaba una ceñuda taciturnidad.

Al rededor de las águilas solo se veia el resto de los oficiales , sargentos , cabos y algunos soldados , apenas lo necesario para custodiar la bandera . Sus vestidos eran despedazados por el encarnizamiento del combate , denegridos con la pólvora , y manchados de sangre . Sin embargo , en medio de esta miseria , andrajos y desastre , se guardaba un aspecto fiero , y aun á la vista del emperador algunos gritos de triunfo escaparon , aunque pocos y estos excitados ; pues en este ejército capaz á un tiempo de analisis y de entusiasmo cada uno juzgaba de la posicion de todos .

Los soldadõs franceses no se ofuscaban ; admirábanse de ver tantos enemigos muertos y heridos , y tan pocos prisioneros , que no habia mas de ochocientos . Calcu-

lábase el éxito por el numero de estos ; los muertos atestaban el valor de los vencidos pero no la victoria. ¿Si el resto se retira en buen orden, fiero y tan poco intimidado, que importa la ganancia de un campo de batalla ? ¿En tan vastas regiones faltará jamas á los Rusos la tierra para batirse... ?

En cuanto á nosotros, bastante teniamos y aun mas del que podiamos conservar. ¿Y esto era conquistar ? ¿El largo y estrecho surco que trazabamos tan penosamente desde Kowno por medio de arenas y cenizas, no se cerraria tras de nosotros como el de un bagel en alta mar ? Algunos paisanos mal armados bastaban á borrarlo.

En efecto, estos iban detras de nuestro ejército á tomarnos nuestros heridos y rezagados : quinientos de estos cayeron bien pronto en sus manos. Algunos soldados franceses, cogidos de este modo, fingieron tomar partida con los Cosacos y les ayudaban á hacer nuevas capturas hasta el momento que hallándose con sus nuevos prisioneros, en número bastante

considerable, se reunieron repentinamente y se deshicieron de sus confiados enemigos.

El emperador no pudo evaluar su victoria sino por los muertos ; la tierra estaba tan encombrada, que los reductos parecian mejor pertenecer á los Franceses muertos que á los que habian quedado en pié, pues que parecia haber mas vencedores muertos que vivos.

En esta multitud de cadáveres sobre los cuales era preciso pisar para seguir á Napoleon, el pié de un caballo encontró un herido y le arrancó una señal de vida y de dolor : el emperador hasta allí mudo como su victoria y oprimido por el aspecto de tantas víctimas, rompió y se desahogó en gritos de indignacion y por los cuidados que hizo prodigar á aquel desgraciado. Hubo alguno que por apaciguarle observó que era un ruso ; mas él replicó vivamente « que despues de la victoria ya no hay enemigos, sino hombres. » Luego dispersó los oficiales que le

seguian para que socorriesen á los que se oian gritar por todas partes.

Hallábanse sobre todo en el fondo de los barrancos donde la mayor parte de los nuestros habian caido, y muchos se habian arrastrado para ponerse al abrigo del enemigo y del uracan: los mas jóvenes pronunciaban gimiendo el nombre de su patria ó de su madre; los mas veteranos esperaban la muerte con un aire impasible ó sardónico, desdeñándose de implorar y aun de quejarse; otros pedian que los matasen inmediatamente, pero se huia del lado de estos desgraciados por no tener ni la inutil piedad de socorrer, ni la crueldad de acabar.

Uno de ellos todo mutilado, pues no le quedaba mas que el tronco y un brazo, pareció tan animado y lleno de espíritu y aun de alegría, que se intentó salvarle. Al transportarlo se observó que se quejaba de dolor en los miembros que ya no tenia, lo cual es ordinario en los mutila-

dos, y parece ser una nueva prueba de que el alma subsiste entera y que el sentimiento la pertenece exclusivamente y no al cuerpo que no puede sentir mejor que pensar.

Se veian los Rusos arrastrarse hasta el sitio en que el amontonamiento de los cadáveres les ofrecia un horrible retiro; muchos aseguran que uno de estos miserables vivió muchos dias en el cadáver de un caballo abierto por un obus, y cuyo interior roia para alimentarse: otros que tenian una pierna rota la liaban fuertemente á una rama de árbol, y sosteniéndose en otra, iban hasta el lugar mas inmediato, sin dejar escapar un solo gemido.

Tal vez, lejos de los suyos contaban menos en la piedad, mas es constante que parecieron mas firmes contra el dolor que los Franceses, no porque sufriesen mas vigorosamente, sino porque sufrían menos; pues son menos sensibles de cuerpo y de espíritu, efecto de una civilizacion menos

adelantada y de que sus órganos estan endurecidos por el clima.

Durante esta triste revista el emperador buscó vanamente una ilusion satisfactoria haciendo contar los pocos prisioneros que quedaban y recoger algunos cañones desmontados : siete á ochocientos prisioneros y una veintena de cañones destrozados fueron los únicos trofeos de esta victoria incompleta.

CAPITULO XIII.

Al mismo tiempo Murat empujaba la retaguardia rusa hasta Mojaïsk : el camino que esta dejaba al retirarse, quedaba limpio y sin un solo despojo de hombre, carro ni vestido, todos sus muertos estaban enterrados, pues tienen un respeto religioso por los muertos.

Murat al descubrir Mojaïsk creyó apoderarse de la plaza y envió á decir al emperador que podia pasar á alojarse en ella ; pero la retaguardia rusa habia tomado posicion delante de los muros de la ciudad, tras de la cual se veia en una altura todo el resto de su egército, cubriendo así los caminos de Moscou y de Kalouga.

Tal vez Kutusof vacilaba entre estos dos caminos ó queria dejarnos en la incertidumbre sobre el que iba á seguir,

como así sucedió. Además los Rusos tenían honor en estar á cuatro leguas del campo de nuestra victoria, y esto les daba el tiempo de desembarazar el camino tras de ellos y reorganizar sus despojos.

Su actitud era firme é imponente como antes de la batalla, lo que era de admirar, pero que lo causaba la lentitud que habíamos puesto en dejar el campo de Borodino, y un profundo barranco que se hallaba entre ellos y nuestra caballería. Murat no descubrió este obstáculo, mas el general Dery lo adivinó, y fué á reconocer el terreno hasta las puertas de la ciudad bajo las bayonetas rusas.

Mas el rey, fogoso como al principio de la campaña y de su vida militar, no hizo caso de esto, y llamando su caballería, gritaba con furor que avanzase para cargar y romper los batallones, las murallas y las puertas. En vano su edecan le manifestaba la imposibilidad, mostrándole el ejército sobre la altura opuesta que dominaba á Mojaisk, y el barranco

donde iba á abismarse el resto de nuestra caballería; pero él siempre acolorado repetía, «que era necesario avanzar, que si habia algun obstáculo al menos lo verían.» Luego insultaba para excitar, y sus soldados marchaban lentamente, pues se entendian de ordinario en retardar la ejecución á fin de dar el tiempo de reflexionar ó de que llegase una contraorden antes que la desgracia; no siempre sucedia esto mismo, pero si por esta vez Murat se satisfizo, fatigando sus cañones contra los Cosacos esparcidos y embriagados de que estaba casi rodeado y que atacaban con alaridos salvages.

Sin embargo, la accion se empeñó lo bastante para aumentar las pérdidas de la víspera, pues en ella fué herido Belliard; este general que despues hizo mucha falta á Murat, se ocupaba en reconocer la izquierda de la posicion enemiga, la cual estaba transitable y de cuyo lado se debió atacar, pero Murat solo pensó en chocar con lo que tenia al frente.

El emperador no llegó al campo de batalla sino con la noche y con fuerzas insuficientes; marchó hácia Mojaïsk á un paso todavía mas lento que el dia anterior, y sumergido en tal absorcion que parecia no oír el ruido del combate ni las balas que llegaban hasta él.

Una persona le detuvo mostrándole la retaguardia enemiga entre él y la ciudad, y detras de los fuegos de un egército de cincuenta mil hombres: este espectáculo atestaba la insuficiencia de la victoria y el poco desaliento del enemigo; á lo que pareció insensible: oyó los partes con un aire indiferente, y dejó obrar, volviéndose á dormir á pocos pasos de allí á un pueblo bajo el fuego del enemigo.

El otoño de los Rusos acababa de decidir, y sin él tal vez la Rusia entera hubiera doblado bajo nuestras armas en los campos del Moskwa. Su inclemencia prematura vino singularmente á punto de socorrer su imperio. El 6 de setiembre víspera de la gran batalla, anunció la es-

tacion su fatal presencia por un uracan que pasmó á Napoleon; desde la misma noche anterior á la batalla, una incómoda fiebre le abrasaba la sangre, agitaba sus espíritus y le consumia durante el combate; y esta enfermedad agregada á otra todavía mas cruel, detuvo sus pasos y obstruyó su espíritu en los cinco dias subsiguientes: despues de haber preservado á Kutusof de una ruina total en Borodino, le dio el tiempo de replegar los restos de su egército y de sustraerlos á nuestro seguimiento.

El 9 de setiembre nos hizo ver á Mojaïsk, en pié y abierta, mas entre ella y nosotros la retaguardia enemiga ocupaba todavía las alturas que la dominan y en las que se hallaba su egército el dia anterior: penetramos en la ciudad los unos para pasar y perseguir al enemigo, y los otros por pillar y alojarse; estos no encontraron habitantes, ni víveres, y solamente muertos que fué necesario arrojar

por las ventanas, y moribundos que fueron reunidos en un mismo parage.

Habíalos por todas partes y en tan crecido número que los Rusos no habían osado incendiar aquellas habitaciones; sin embargo, su humanidad que no siempre había sido tan escrupulosa, cedió á la necesidad de tirar sobre los primeros Franceses que vieron entrar, y esto fué con obuses, de suerte que pusieron fuego á aquella ciudad de madera y quemaron una parte de los desgraciados heridos que habían abandonado.

En tanto que se trataba de salvarlos, cincuenta cazadores del 33 trepaban por la montaña cuya cima estaba ocupada por la artillería y caballería enemiga. El ejército francés todavía parado ante los muros de Mojaïsk miraba con sorpresa este puñado de hombres sueltos, que en una cuesta descubierta irritaban con su fuego á miles de caballos rusos: repentinamente sucedió lo que se temia; varios escua-

drones enemigos se mueven y un instante les basta para envolver á estos atrevidos que apelotonándose rápidamente hicieron frente y fuego á todos lados; pero eran tan pocos, y en medio de una llanura tan vasta y de tantos caballos, que bien pronto desaparecieron á los ojos de todos.

Una exclamacion general de dolor se elevó de todas las filas del ejército: cada soldado alargando el cuello y con la vista fija seguia todos los movimientos del enemigo, queria descubrir la suerte de sus compañeros de armas: los unos se irritaban contra la distancia y pedian que se avanzara, los otros cargaban maquinalmente sus armas, ó calaban bayoneta con un aire amenazador como si se hallasen al alcance de socorrerles, sus miradas se animaban como si combatiesen ó se turbaban como sucumbiendo, y otros les aconsejaban y animaban sin atender que no podian oirles.

El humo de algunos tiros que se levantó del centro de aquella negra masa

de caballos, prolongó la incertidumbre, y se dijo que los nuestros se defendian todavía, y que no estaba todo concluido; con efecto, un gefe ruso acababa de ser muerto por el oficial que mandaba esta guerrilla con cuyo tiro habia contestado á la intimacion de rendirse: esta ansiedad duró algunos minutos, cuando de repente el egército levantó un grito de alegría y admiracion al ver la caballería rusa, sorprendida por una resistencia tan audaz, retirarse para evitar un fuego bien sostenido, dispersarse y dejarnos ver al fin este peloton de valientes dueños de aquel vasto campo de batalla del que solo ocupaban algunos pies.

Desde que los Rusos vieron que se maniobraba seriamente para atacarlos, desaparecieron sin dejar huella, bien así como en Smolensko y en Vitepsk, pero mas admirable á los dos dias de tan gran desastre. Quedamos en la indecision entre los caminos de Moscou y de Kaulougha, mas luego Murat y Mortier se

dirigiesen á todo evento hacia Moscou.

Dos dias marcharan sin comer sino caballo y grano picado, sin hallar hombres ni cosas que descubriesen el egército ruso, el cual aunque su infantería no formaba mas que una masa confusa, no abandonó un solo despojo; tal era el amor propio nacional y la costumbre del orden en el conjunto y en el pormenor de aquel egército, y tal fué nuestras faltas de toda especie de noticias y recursos en aquel pais todo desierto y todo enemigo.

El egército de Italia se adelantaba á algunas leguas sobre la izquierda del camino real, y sorprendió á unos paisanos armados que no supieron combatir; pero su señor con un puñal en la mano se tiró á nuestros soldados como un desesperado, gritando que ya no habia mas altar, mas patria ni mas imperio, y que le era odiosa la vida; se quiso sin embargo dejársela, pero como él se esforzaba en quitarla á los soldados que le rodeaban, la piedad hizo lugar á la cólera y se le satisfizo.

El 11 de setiembre, hácia Krymskoie, apereció el ejército enemigo establecido en una fuerte posición; siguiendo su método de considerar en su retirada mas bien el terreno que el enemigo. El duque de Treviso hizo por lo pronto convenir á Murat en la imposibilidad de atacar, mas, bien pronto el humo de la pólvora embriagó á este monarca. Comprometiéndose y obligó á Dufour, Mortier y su infantería á avanzar. Estos eran los restos de la division Friand y la guardia joven, y se perdieron allí sin utilidad dos mil hombres de esta reserva conservada tan inoportunamente el dia del ataque, y Mortier furioso escribió al emperador que ya no obedecería mas á Murat; pues los generales de vanguardia comunicaban por cartas con el emperador.

Este se habia quedado hacia tres dias en Mojaïsk, encerrado en su cuarto, siempre consumido por una fiebre ardiente, abrumado por las ocupaciones y devorado por las inquietudes. Un catarro ter-

rible le habia hecho perder el uso de la palabra; obligado á dictar á siete personas á un tiempo y no pudiendo hacerse entender, escribia en varios papeles el resumen de sus officios; si se suscitaban dificultades las explicaba por señas.

Hubo un momento en que Bessieres le hizo la enumeracion de todos los generales heridos el dia de la batalla; esta fatal nomenclatura le fué tan penetrante que recovrando su voz por un violento esfuerzo, interrumpió al mariscal con esta seca exclamacion: « ocho dias de Moscou y nada parecerá. »

Sin embargo aunque habia puesto hasta entonces todo su porvenir en aquella capital, una victoria tan sangrienta y tan poco decisiva habia debilitado su esperanza. Sus instrucciones del 11 de setiembre á Bertier para el mariscal Victor, manifestaron su debilidad.

« El enemigo atacado en el centro, no se detiene en las extremidades. Decid pues al duque de Beluna que dirija todos

los batallones, escuadrones, artillería y hombres destacados, hácia Smolensko, para poder desde allí venir á Moscou. »

En medio de sus sufrimientos de cuerpo, que ocultaba á su egército, Davoust penetró hasta él para ofrecerse todavía aunque herido para el mando de la vanguardia, prometiendo que sabria marchar dia y noche, alcanzar al enemigo y obligarle á combatir sin prodigar como Murat las fuerzas y la vida de los soldados. Napoleon solo le respondió elogiando con afectacion el ardor audaz é infatigable de su cuñado.

Acababa á saber que se habia encontrado el egército enemigo, que no se habia retirado sobre el flanco derecho hácia Kalouga como lo habia temido, sino que se retiraba siempre estando ya á dos leguas de Moscou. Este nombre grande y la esperanza que de él pendia, reanimaron sus fuerzas, y el 12 de setiembre estuvo en estado de partir en coche para alcanzar su vanguardia.

